

de 1.000 hombres de las tres armas, y le presenta batalla en las lomas inmediatas á Miahuatlán. Dos veces el enemigo cargó, y dos veces fué rechazado bravamente por los republicanos; el combate se generaliza, y las fuerzas de una y otra parte avanzan: el general D. Manuel González, el teniente coronel Carbó, Cano y Segura Guzmán, con la infantería, cargan á la bayoneta; el general Ramos, con una columna de caballería, voltea la posición enemiga, y el general Díaz, poniéndose al frente de la fuerza principal, decide el triunfo. Los imperialistas perdieron su artillería y sus municiones, y, entre muertos, heridos y prisioneros, sufrieron la pérdida de un jefe, 20 oficiales y 420 individuos de tropa. Entre los prisioneros había varios franceses: el comandante Testart, 6 oficiales y 21 soldados.

El general D. Félix Díaz tenía en jaque á Oaxaca, sobre cuya ciudad marcharon luego las tropas vencedoras; pero al saber que una columna de 1.500 hombres venía en auxilio de los defensores de la plaza, el general en jefe, mandando amargar á ésta hasta última hora, con poca fuerza, con el grueso principal corre al encuentro de la citada columna, combinándose con Figueroa, quien con escasa tropa estaba en peligro de ser batido. El 18 de Enero tiene lugar el encuentro, en el punto llamado La Carbonera, que se ilustró con aquel combate rudo y sangriento, en que el general Díaz volvió á hundir al enemigo en el polvo de la derrota, quedando en su poder los cuatro cañones que llevaba, 296 prisioneros austriacos, polacos y húngaros, y más de 600 carabinas. El campo quedó materialmente sembrado de cadáveres y heridos de ambas partes.



Edificios modernos. — Colegio Militar. Gabinete de física

Aquellos triunfadores regresaron sobre la capital del Estado, y el 31, Oronoz, que mandaba en ella, sin

más condición que la garantía de la vida, la entrega. Cuarenta piezas de artillería, muchos fusiles y otros pertrechos fueron el botín recogido allí, tras las peripecias de la lucha.

Díaz alentaba á las tropas de los Estados de Veracruz y Puebla, que obedecían sus órdenes.

No dejaremos de expresar que este jefe se mostró magnánimo con sus prisioneros, en tanto que el enemigo hacía regir su brutal ley de 3 de Octubre.

Desde México hasta Veracruz, centenares de partidas combatían arduamente, y al fin se confiere el mando de esa importante línea al general Douay, quien establece su cuartel general en Puebla, dando, con tropas competentes, seguridad á aquella vía de retirada del ejército francés.

Como inundación, las fuerzas republicanas iban invadiendo los lugares desocupados por las tropas francesas en el interior; las imperiales mexicanas eran impotentes para servirles de dique. El general Bazaine había anunciado á Maximiliano que no podría sostenerse, pero no previó tan rápido derrumbamiento.

Serias desavenencias surgieron entre dicho jefe y el emperador, que les hicieron romper del todo sus relaciones.

A Márquez se le había nombrado en la capital comandante en jefe, y con su acostumbrada actividad

y energía procedió á reclutar tropas. Los demás jefes conservadores no habían perdido el tiempo: Mejía organizaba también fuerzas en Querétaro; Miramón había salido de la capital, con un núcleo de jefes, oficiales y sargentos, rumbo al mismo Querétaro, con cuyo núcleo de 400 hombres, en que iban muchos franceses voluntarios, debía formar una división. Se dispuso, al efecto, que los restos de la guarnición que salieran de Guadalajara, lo esperasen en León, y que D. Severo del Castillo se alistara para moverse á San Luis Potosí.

El 15 de Enero de 1867, el general Castagny, concluida la concentración de las tropas francesas, entraba en México con los últimos cuerpos. Desde luego se ordenó que los trenes, ambulancias y el resto de la impedimenta avanzaran á Veracruz con las escoltas respectivas, y que se fuesen escalonando tropas en tal dirección. El 5 de Febrero fué el día señalado para la salida de la columna principal de México, que debía ser la última, á cuyo frente iba el mismo Bazaine con un brillante estado mayor. A las nueve de la mañana dió principio el desfile frente á Palacio, cuyos balcones y ventanas permanecieron cerrados.

Fin del Imperio de Maximiliano. — Restauración de la República. — En el mismo mes de Enero de 1867, Corona llegaba á Guadalajara, marchaba sobre Colima, y destinaba una brigada, con Márquez de León, para que atacase á Zamora. La primera ciudad capitula, y la segunda es tomada á viva fuerza por la brigada dicha y fuerzas del general Régules que con ella se combinaron.

En los primeros días del mismo mes, el general D. Severo del Castillo se desprendía, por acuerdo de Miramón, con 2.000 hombres, con dirección á San Luis. Miramón lo verifica á León, donde estaba el general Gutiérrez Estrada; con 1.500 soldados marchó luego de allí rápidamente sobre Zacatecas, á donde acababa de llegar el gobierno de Juárez, y el 27 tomó la plaza.

Creyó el jefe imperialista que ya el general Castillo estaría sobre San Luis, y que Liceaga, que tenía que hacer una operación previa contra Antillón, ya se le habría incorporado, para poder atacar la ciudad, que ocupaba el general Escobedo. Efectivamente, el expresado Liceaga salió de Guanajuato hacia Silao sobre Antillón; mas éste eludió el combate, y procuró reunirse con el coronel Rincón. Reforzado con las tropas del mismo, se adelantó á encontrar al enemigo, que regresó violentamente al punto de partida, y atacado en la ciudad fué vencido, dejando en ella 22 cañones, armas y más de 300 prisioneros. Con los restos de su fuerza, el jefe derrotado se refugió en Querétaro con Mejía. Este desgraciado suceso daba la explicación de la detención de Castillo.

Escobedo, desde San Luis, había mandado al general Treviño á Zacatecas con 2.500 hombres; pero sabe que esta última plaza es tomada por Miramón, y entonces, con 1.000 hombres más, se lanza contra él, y encontrándolo en San Jacinto, lo derrota completamente el 1.º de Febrero. La artillería, los equipajes y 800 prisioneros quedaron en su poder: de éstos 103 eran voluntarios franceses; 100 muertos del enemigo había sobre el campo, y más de 40 de los republicanos. Miramón pudo escapar y con unos cuantos caballos logró incorporarse á Castillo.

Maximiliano, ante los sucesos, pidió su opinión al gabinete, respecto de cómo podrían contenerse los avances de los republicanos; y los ministros, ayudados por Márquez y Mejía, hicieron convenir al Emperador en que se pusiera al frente de sus tropas y avanzara, haciendo una concentración en Querétaro. El príncipe aceptó su imposible papel de general en jefe.

Bazaine todavía esperaba que el archiduque se desprendiese de los conservadores, y por consiguiente del Imperio, y que se resolviera á dejar el país, é hizo una marcha lenta con su columna. En Puebla se detuvo cinco días, y supo allí la derrota de Miramón, de lo cual tomó pie para escribir á Maximiliano, ofreciéndole que dejaría á Castagny para que lo escoltara á Veracruz, donde le aguardaría. Efectivamente, Maximiliano, dejado por la Francia en México, debió ser un torcedor para la conciencia del jefe de la expedición francesa; pero la tentativa de Bazaine fué infructuosa.

El día 11 de Marzo, el último francés armado dejó á Veracruz: la intervención había concluido. El Imperio, en aquellos momentos, sólo contaba: con las plazas principales de Querétaro, México, Puebla y

Veracruz; los conservadores, á quienes el Emperador repugnaba, y á quienes por necesidad estaba unido; unos 20.000 hombres, entre los que no estaban Lozada y los suyos, y escasísimos recursos pecuniarios. La República se había enseñoreado del país en breves días. El citado Lozada, á última hora, se había declarado neutral.

El Emperador llegó al lugar de su destino el día 19. El general D. Ramón Méndez, que había evacuado á Michoacán, se incorporó el 21.

No obstante los pasos bien serios dados por el Emperador, parece que sostenía una lucha de encontradas ideas en su espíritu, en el que, como en un kaleidoscopio, cambiaban los proyectos. Seguramente le asfixiaba el círculo de los conservadores, que más y más le estrechaba cada día.

En los momentos que marchaba á Querétaro, aun escribió al general Díaz á Huamantla, buscando su apoyo, ofreciéndole el mando de las tropas de México y Puebla, y arrojando del poder á Lares, Márquez y los suyos; y al padre Fisher, jefe de su gabinete particular, sobre el camino ya, le encargaba que contestase á Santa Anna, con quien entró en absurdas negociaciones para conseguir, por medio de aquel jefe anatematizado, un arreglo en las graves cuestiones del país.

En Querétaro se hizo sentir la desavenencia entre Miramón y Márquez. Este último quedó nombrado jefe del estado mayor, Miramón del cuerpo de infantería, Mejía de la caballería, Ramírez Arellano de la artillería, y Méndez, de una brigada mixta de reserva. Existían en la plaza 8.000 hombres, y se esperaba que llegaran las fuerzas del general Olvera.

México estaba rodeada de guerrilleros.

El general Corona, con sus fuerzas de Occidente y las del Centro, que se le incorporaron, se acercaba á Querétaro, en tanto que lo hacía con el cuerpo de ejército del Norte el general Escobedo. Ambos jefes conferencian en Chamacuero, el 28 de Febrero de 1867. Al segundo se le había dado el mando principal de todas aquellas fuerzas, que se avistaron por diversos caminos de la ciudad, donde el Emperador se hallaba, el 8 de Marzo. Las tropas imperialistas acordaron salir y batir en detalle al enemigo, que se acercaba; pero no lo efectuaron.

Por la noche, con caballería, se cubrieron los caminos que parten de la población enemiga, y al día siguiente, el general en jefe, acompañado de Corona, á quien se designó como segundo, pasó revista á los sitiadores, que hacían un total de 18.000 hombres, los cuales fueron aumentándose con tropas que llegaron después. De pronto, se formaron dos cuerpos de ejército con ellos, quedando uno á las órdenes del segundo en jefe, y otro á las del general Treviño. El día 11 se dió principio á las operaciones de sitio, bajo el fuego de la artillería enemiga, que fué correspondido por los cañones de los sitiadores. El día 14 se hizo un reconocimiento sobre la plaza fortificada; el 16, el general D. Aureliano Rivera impidió que la columna de Olvera se incorporase á los imperialistas, haciéndola retroceder hacia la sierra de Xichú; el 17, Miramón inicia un ataque que no lleva á fondo; el 22, con 400 caballos mandados por Quiroga, Márquez, nombrado lugarteniente del Imperio, y acompañado de Vidaurri, sale de la plaza ocultamente en la noche, burlando la vigilancia de los republicanos.

En México, á donde el expresado jefe se dirigía, formaban la guarnición 1.000 austriacos montados, 300 franceses, dos cuerpos de cazadores y 2.300 mexicanos más. Se temía allí la aproximación del general Díaz, pero luego se supo que atacaba á Puebla. El lugarteniente del Imperio arribó á la capital el 27 de Marzo. ¿Llevaba facultades de Maximiliano para obrar como mejor lo creyera á los intereses del Imperio, ó tenía órdenes precisas á fin de sacar los elementos militares de México y correr con ellos en auxilio de la plaza donde el Emperador estaba encerrado y en vispera de no poder sostener la situación? No hay documentos conocidos para resolver este punto, y sólo por los hechos se pueden hacer deducciones.

Como quiera que sea, el general Noriega avisaba de Puebla que el general Díaz le tenía en gravísima situación; que se hallaban dos generales heridos; que le habían matado á un jefe de batallón, y que la población le era hostil. Márquez, u ocurría á Puebla, y si triunfaba reunía los elementos del Imperio para poder obrar con probabilidades de éxito, ó dejaba que Puebla se perdiera, y sacando de México las fuerzas allí existentes para volver á Querétaro, abandonaba la capital, para que luego fuese ocupada por cualquier tropa enemiga. Ante aquel dilema, optó por lo primero.

El lugarteniente de Maximiliano, con actividad asombrosa, aumentó las fuerzas de la guarnición de México, para dejarla en condiciones de defenderse, y salió con 3.000 hombres de las tres armas, para Puebla, el día 30 de Marzo.

La resolución de Márquez puso en apuros al general Díaz, que se resolvió á dar un asalto desesperado sobre fuertes y trincheras, contando con un efectivo semejante al que iba á atacar, y que se hallaba bien cubierto y con gran número de bocas de fuego. Parecía una locura emprender ese asalto.

Márquez llegaba el 2 de Abril á la hacienda de Soltepec, y en la madrugada de ese día, á las tres, tronó el cañón en Puebla, siendo esa la señal para que las columnas, dispuestas á vencer ó morir,



Tropas de infantería y caballería haciendo un alto horario (época actual)

con el arma al brazo y á paso de ataque, volaran sobre las baterías, que las reciben con nutridos fuegos.

Veamos cómo rápidamente describe ese hecho de armas el general D. Ignacio M. Escudero, en sus *Apuntes históricos de la carrera militar del general Porfirio Díaz*: «Los jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables, sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados las reciben con un fuego tan continuo, que apenas se escucha la detonación incesante de seis mil fusiles... Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas, que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores. En Belem murió Rodríguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vázquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban. Bonilla corrió á la bayoneta sobre el enemigo, que en número superior quiso detenerle; Figueroa venció cuanto obstáculo le pusieron los imperiales, á la vez que Doro-teo León llegaba casi á la plaza, y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó. En la calle de la Siempreviva, la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco,